Max Henríquez Ureña (1885-1968)

AÚN dentro del limitado espacio de la presente nota, por el deceso de una figura prominente de las letras hispanoamericanas como Max Henríquez Ureña, se impone un breve recuento de sus actividades, sobre todo, en el campo de la crítica e investigación literarias. Su esquema biográfico podría comprender tres amplias etapas: la de su niñez y adolescencia, de formación básica, abarca los años hasta su salida de tierra dominicana; una intermedia, que según sus propias palabras "es la más combativa y bella" de su juventud, va desde su llegada a Cuba, alrededor de 1903, hasta poco antes de la Segunda Guerra Mundial, y, finalmente, la de madurez y aportes definitivos, que comprende los 30 años anteriores a su muerte. En ellos también despliega una intensa actividad diplomática en Europa y países americanos, con lo que ampliaría, aún más, su ya vasto horizonte cultural.

En su formación intervienen ciertos factores que condicionan su "circunstancia" y fijarán su destino en la historia del proceso cultural de América hispana. Nace el 16 de noviembre de 1885 en Santo Domingo de Guzmán. Su madre, Salomé Ureña, poetisa laureada y educadora de vocación y profesión, le sirve de guía en sus primeros años. Aunque su instrucción pudiera calificarse de doméstica, estuvo siempre inspirada en las ideas de Hostos sobre la educación, las que Doña Salomé aplicaba en su escuela desde 1881. De su padre, el prócer Francisco Henríquez y Carvajal, recibiría un legado de honestidad, entereza y patriotismo, bien sustentado durante su paso por la presidencia de la República Dominicana, en tiempos de crisis de toda "política de buen vecino". También como mentores en sus lecturas, tendría a su tío Federico Henríquez y Carvajal, el amigo de Martí y, sobre todo, a su hermano Pedro, quien con el tiempo iba a ser uno de los mejores talentos de América, uno de nuestros bien llamados humanistas.

Con estos factores, unidos a su dedicación literaria y natural buen gusto, y esa seriedad y serenidad en el enfoque tan de su hermano Pedro como suyas, el futuro brillante de su carrera estaba echado. Rodó

había dicho: "El que ha aprendido a distinguir lo delicado de lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva media jornada para distinguir lo bueno de lo malo"; y a eso se atuvo Max toda su vida, no sólo durante el período formativo, sino al ejercer su más cara vocación, y quizás la menos conocida: el magisterio. Muy útil para entender el ambiente familiar en que vivió sus primeros años, es la lectura del prólogo a *Hermano y Maestro* (1950), obra dedicada a la memoria de su hermano y en la que se adivina la entrañable unión de ambos. Allí presenciamos las tertulias familiares llenas de música y poesía, de lecturas comunes e inquietudes periodísticas, de estudio de idiomas, en fin, de toda aquella actividad en las artes y las letras que, andando el tiempo, convertiría a ambos hermanos en antillanos universales.

El centro de la segunda etapa de su biografía es Cuba, que él llamaba "la isla heroica y ardiente". A ella llega después de una estancia en New York con su hermano Pedro; allí había perfeccionado sus conocimientos de música. La inestabilidad política en Santo Domingo fuerza el traslado de su padre a Cuba, donde se le unen sus hijos. Pedro permaneció casi dos años, luego partiría a México. Max, sin embargo, se establecería en Cuba y salvo una visita a su hermano entre 1907 y 1908, quedó integrado a la vida cultural y docente de aquella su segunda patria. Durante el breve período en tierra azteca, entra en contacto con los más brillantes escritores jóvenes de México, participa en la fundación de la Sociedad de Conferencias, dirige periódicos, y comparte todas las inquietudes intelectuales del momento. Esas mismas inquietudes las traería a Cuba, donde había dejado fundadas revistas y era figura apreciada en importantes instituciones culturales de la joven nación, entre ellas, el Ateneo, la Academia Nacional de Artes y Letras y el Instituto Hispano-Cubano de Cultura.

Comienza la serie de sus trabajos mejores, con la aparición de *Whistler y Rodin* (1906), en el que ya se apunta el crítico de estilo sobrio. Sus dotes de orador académico pronto le hacen destacarse. Obtiene en la Universidad de La Habana los títulos de Doctor en Derecho Civil (1912) y Doctor en Filosofía y Letras (1916), y comienza su carrera docente como profesor de Literatura y Gramática. Lleva a la cátedra todo su celo de expositor sagaz, enemigo de toda "receta retórica". Su credo literario, estético y didáctico, aparece claramente expuesto en el *Ocaso del dogmatismo literario* (1919), que contiene sabia orientación para los dedicados a la enseñanza de las letras y donde muestra su adhesión al estilo claro y a la construcción más sencilla, sin pueriles retoricismos. En casi todos los trabajos de este período se manifiestan

su preocupación didáctica y la amplitud de sus objetivos intelectuales. Concibe la literatura como parte integral e inseparable de otras manifestaciones culturales y artísticas. Esa visión ecuménica está siempre presente en su obra: en *Tres poetas de la música* (1915), *Rodó y Rubén Darío* (1919), *Páginas escogidas de Martí* (1920), *El intercambio de influencias entre España y América* (1926), *Programa de Gramática Castellana* (1926), *Las tablas cronológicas de la literatura cubana* (1929) y su *Tratado elemental de música* (1929).

Siente pasión por la historia; los resultados de la misma se evidencian mejor en sus últimos años, pero pueden notarse ya en algunos trabajos anteriores, como en la *Historia abreviada de la literatura española* (1929); *El retorno de los galeones* (1930); *Reseña histórica sobre Santiago de Cuba* (1931), y *Panorama de la República Dominicana* (1935). Es durante estos años cuando realiza su aventura poética, con la publicación de dos volúmenes: *Anforas* (1914) y *Fosforescencias* (1930). No volvió a escribir versos, aunque nunca dejaría de ser poeta. Traduce también obras de Ronsard, Dylan Thomas y otros, pero su mejor trabajo de esta índole es la traducción publicada en 1938 de *Los Trofeos*, de José M. Heredia, el poeta cubano-francés. Su colaboración en las más afamadas revistas y suplementos periódicos literarios es constante. Su firma aparece en *La Nación*, *Nosotros*, *Cuadernos Americanos*, *Novedades* de México, etc. Esta misma *Revista Iberoamericana* recogió varios de sus trabajos: "Poetas cubanos de expresión francesa", "Evocación de José Antonio Ramos" y "Sanín Cano, maestro del ensayo breve".

Sus escritos de contenido político ven la luz al calor de su preocupación por el "caso dominicano": *Los Estados Unidos y la República Dominicana* (1919), *Los yanquis en Santo Domingo* (1929), y *El continente de la esperanza* (1939), en el que expresa su fe en los destinos de América, "que es nuestra grande y única patria".

Los últimos treinta años de su vida parecen estar guiados por aquel consejo de Rodó: "Reformarse es vivir, viajar es reformarse. La reclusión en el pedazo de tierra donde se ha nacido es soledad amplificada o penumbra de soledad". Su contacto con otras culturas se aumenta con la actividad diplomática como representante de la República Dominicana, pero nunca interrumpe su actividad literaria. Publica en 1954, producto de sus conferencias de 1948 en la Universidad de Yale, la *Breve historia del modernismo*. Allí el análisis minucioso de la técnica y la estética de este movimiento, se une a la relación anecdótica y el detalle inédito, que le facilitaron su estrecho contacto con las figuras

más prominentes del mismo. No es la obra de un investigador encerrado en soledad sobre el documento, sino el relato de un actor y partícipe de muchos de los hechos analizados. Lo mismo ocurre con el *Panorama histórico de la literatura cubana* (1963), en el volumen dedicado a las letras nacionales republicanas, con las que había tenido tan íntima relación. Aquí también se evidencia su idea de que el desenvolvimiento literario está estrechamente ligado al acontecer histórico y político. No se contenta con ser un mero expositor de hechos, sino que penetra en las raíces de la cultura. La información que ofrece es muy vasta, sin perder la donosura en el estilo, agilidad en el análisis y agudeza crítica para fijar lo esencial de cada autor y cada período.

Interesado también en la literatura creativa, publica sus trabajos de historia novelada: los cuatro volúmenes de *Episodios dominicanos* (1938-1951), y *La conspiración de los Alcarrizos* (1941). Como cuentista se nos muestra en sus *Cuentos insulares* (1947). Sin embargo, en sus ensayos de crítica literaria es donde logra mayor calidad y mejor cumple la misión que él entendía irrenunciable en un intelectual: "La de enseñar y aún padecer por la enseñanza".

Así, tras una vida fecunda, en la que el esfuerzo y el estudio, junto al perfecto equilibrio entre la imaginación lírica y el sentido crítico dieron frutos permanentes a las letras de América, el pasado 23 de enero, a los 82 años, murió en la misma Antilla que le vio nacer, a la que había regresado al salir de Cuba en 1960.

JULIO HERNÁNDEZ-MIYARES

*Kingsborough Community College
of the City University of New York*